

Méjico, 18 de Junio de 1859.

Parece que las fiestas de Tlalpam ocasionaron muchas quiebras, á juzgar por los continuos pedidos de que he sido víctima de pocos dias á esta parte; pedidos que al principio no me fué posible desatender por cuanto los términos en que venian formulados eran como los de un guerrero cuando se le acaba el parque, á tiempo que su enemigo le aprieta, y se ve en la necesidad de marcar el toque de *urge lo perdido*; mas cuando ví que tras el primero y segundo vinieron el tercero, y cuarto y tras estos los demás hasta el quincuagésimo nono, quizá en conmemoracion de los años que lleva vencidos el siglo; cuando me desengañé de que las necesidades que ocasionaban esos continuos asaltos eran tan ciertas como los partes militares en tiempo de campaña, preciso me fué

covertirme en fiel imitador de los empleados de la tesorería, y repetir á cada uno de esos recaudadores de impuestos extraordinarios "*no hay dinero*," sin olvidarme de tomar el aire importante y la forma académica de los supradichos, por cuanto he notado que tales actitudes eran de bellísimo efecto para evitar las réplicas y dúplicas en el negocio.

El primero que me asaltó fué un jovencito de cosa de veintiocho años, de regular figura, de un despojo marcial, de traje pardo con pretensiones pollunas, correspondientes lentes pendiendo de una cinta de seda, y una polka que suponía un reloj ó que sé yo si una llave de bañ. Apenas ponía los piés en mi alojamiento cuando el referido se me atravesó al paso, se tocó el sombrero, y con voz medio sumisa, medio afligida, me manifestó que era hijo de buena familia, pero que en ese momento estaba su padre tendido y sus hermanitas sin desayunarse, (era la oracion de la noche) que no tenia para los gastos precisos de entierro, ni ménos para otros indispensables, y esperaba de mi humano corazon que le *franqueara* alguna cosa, pues era imposible que siendo yo un caballero, dejara de sacarlo de aquel lance. Tan patética fué su relacion, llevó tantas veces su pañuelo á los ojos, que casi lloriqueando yo tambien, metí mis dedos índice y pulgar al bolsillo de mi chaleco, y saqué una media onza de oro que puse en su mano, confiando en que algun otro caritativo le daria el resto para los funerales de su señor padre.

Despues de este vino una señora enlutada que segun ella, era viuda de un militar muerto en campaña y desatendida por el gobierno en su montepio; llevaba dos dias de no probar bocado—creo que aludia al freno—y sabiendo que yo tenia una alma compasiva, me conjuraba á que le diera un socorro cualquiera, para ella y para su inocente niña, que á los catorce años se encontraban en el colmo de la miseria. Si de cántaro hubie-

ra sido mi alma, creo que se habria remojado con las lágrimas que persaban correr de aquellos ojos al relatar cuita tanta, ¿qué extraño era que le deslizara un par de pesos á aquella desventurada para medio salir de aprietos?

No fueron pocos en los que me puso un otro caballero que tenia á su esposa en cama, y en momentos de querer aumentar su familia, sin tener ni vela, ni cosa que de servir fuera en momentos tan angustiados. Su relato fué tan sentimental y su acento tan insinuante, que aun tentado me ví de ofrecérmele por compadre, lo cual me evitó despidiéndose violentamente, luego que ví en su mano algunas monedas salidas de mi gaveta.

Despues de este fué una pseudo-doncella que, con papel en mano se me presentó solicitando un auxilio para, comer aquel día, adoptando de preferencia semejante arbitrio por no seguir otro camino mas fácil para salir de pobreza, lo cual le aconsejaba su educacion y sus principios. Era tan sencillo y de tan insignificante costo el medio de salvar aquella *virtud* que no vacilé en dejarme enternecer.

A continuacion de estos vinieron otros y otras que con distintos motivos tenian iguales necesidades, tan urgentes, tan apremiantes que no se podian hacer esperar. Unos necesitaban un deshecho de ropa, otros pedian para hacerse una camisa, otros para vestir á una hermanita, otros para llevar de comer á media docena de tiernos hijuelos, otros para curar á una anciana madre. Yo atendí muchos de esos pedidos, una veces soltando la *mosca*, y otras dando salida á mis vestidos hechos en las batuecas y aun algunos de los confeccionados en la corte, y creo que habria acabado hasta con la ropa de mi cama, á no haber sido por varias circunstancias que me hicieron abrir los ojos, y conocer que era un bendito, al creer todas las historias que me habian relatado aquellos honrados caballeros de industria.

Antenoche salia de una visita, y á pocos pasos fuí saludado muy urbanamente por un individuo cuyo metal de voz habia oido otra vez: me refirió que era hijo de buena familia y que su padre acaba de morir, &c. &c.: toda la historia del primer solicitante: en el acto entendí que el antiguo conocido me habia tomado por otro, gracias á ir embutido en un *ragland* acabadito de estrenar. Fuíle dando conversacion hasta que llegamos á una puerta que arrojaba á la calle luz suficiente para vernos las caras, y poniéndomele frente por frente, hice ademán de llevar mi mano al bolsillo, movimiento que él siguió con la vista con mas precision que un perro hambriento el itinerario del bocado que codicia. Como su atencion estaba fija en otra parte, fuéme preciso llamarla hácia mi cara, creyendo que con eso se daria por satisfecho: me vió y cuando yo esperaba que se inmutara, lo ví mas impávido que un vencedor delante de su enemigo, lo que me hizo dudar si seria el mismo que ya conocia; pero la polka, los lentes, la cinta, todo me confirmó en nuestras antiguas relaciones. “Caballero, le dije: supuesto que su padre de vd. no tiene con que enterrarse, aconséjele que no se muera tantas veces: creo que la media onza que le dí á vd. no se ha de haber gastado tan pronto que al tercer día necesite refaccion.—“Páselo vd., bien,” —fué toda la respuesta que obtuve.

Este lance tenia lugar en una de las calles mas centrales de la corte, y recordando que allí cerca habia un café donde se tomaba muy bueno de tiempo inmemorial, me dirijí á él, no obstante que goza de una fama, dirémos mejicana, en cuanto á lo selecto de su concurrencia. Creo que aun le llaman *el infiernito*. Llegué al antiguo despacho y pedí una taza de café, y apenas empezaba á saborearlo y á divagar entre las columnas de humo que salian de mi cigarro y se mezclaban con los vapores de la taza, cuando oí á mis espaldas una voz bastante conocida.

“Chicos, decía, he hecho *burro*; pero de una manera asombrosa.—Espícate, le dijeron cuatro ó cinco que en otra mesa apuraban algunas copas de catalan para remojar las fichas del dominó. Cuenta que ha sido ello.—Miseria! una torpeza. Fuf á dar con el mismo de la otra noche á quien clavé la banderilla de media onza para mi padre insepulto.—Bárbaro! pero qué estabas ciego?—No, hombre, sino que el *payo* estrenó vestido y no le conocí de pronto.—Pero él si te conoció, majadero. Apuesto á que á mí no me conoce, y eso que ya dos veces le he caído; una cuando *mi muger estaba de parto*, y otra cuando *mi hermano estaba para salir de la cama*. En la primera le *soplé* cuatro duros, y en la segunda un pantalon y un paltó que vendí á R.* en cinco; y todavía pienso ir pasado mañana á pedirle para libros, pues como *soy un estudiante pobre*, añadió fingiendo una voz plañidera que ya habia escuchado, *necesito auxiliar mi carrera con la buena alma de los hombres generosos*.—No te descuides, el *pichon* ya *orejé*, y es muy ladino.—Ya verémos si es mas *pico* que nosotros.”

No pude sufrir mas: boté un peso sobre la mesa estrepiosamente, volvieron ellos la cara y se encontraron con la mirada del mas soberano desprecio que les dirijí. Ellos con la mayor calma del mundo me vieron, se miraron y siguieron sorbiendo sus copas. Se conoce que son hombres probados y aprobados en la gramática par-da, y que han estudiado por principios la facultad que les da de vivir.

Este sistema hacendario que tan buenos efectos produce en la corte, es mejor que todos los inventados hasta aquí, y presenta grandísimas ventajas y pocos riesgos á los que lo cultivan; porque ni está sujeto á los peligros que ofrece la profesion de un camino real, ni los adeptos dejan de presentarse en la sociedad haciendo el papel que mas cuadre á sus gustos y costumbres. Los que se han dedicado á esa carrera son muchos, como

puedes suponer, atendidas las seguridades que ofrece. Por lo mismo hay jóvenes, ancianos, niñas, viejas y de toda clase de edades y sexos; se encuentran por donde quiera, pero mas principalmente en los hoteles y sociedades.

Y librete Dios de que uno de esos te llegue á marcar como su *cuervo*, porque sin ser él San Onofre, hará que lo mantengas de todo á todo, para conseguir lo cual, te improvisará una multitud de anécdotas, y te sorprenderá con una multitud de entradas y salidas, que bien las codiciaría un orador para conmovér á su auditorio.

Las mas fecundas en eso de arbitrios para echar gabelas sobre un prójimo, son las hembras de edad madura, porque ademas de usar de mil figuras retóricas de grande efecto, cuentan con el último de todos sus arbitrios, y es el de ofrecer sus servicios personales en cambio de los servicios pecuniarios que solicitan; sin que falten otras que vayan aun mas léjos, pues con pretesto de una falsa necesidad sacrifican á las personas que les son mas allegadas.

Hay en la corte una casa destinada á recojer mendigos; todavía no la conozco: pero lo que son los mendigos los encuentro á cada paso, quizá porque ya no caben en aquella casa. ¡Pero y los mendigos de frac y las pordioseras de tápalo no tienen un asilo? No sería una obra humanitaria el recojer á todor esos y esas, y ponerlos á trabajar en provecho de los hermanos enfermos, de las hijas desnudas, de los niños hambrientos que dicen tienen? Pero eso sería privarlos de su libertad y hacerlos descender de la alta posicion que ocupan. Por otra parte, qué papel harian esos señores y señoras, manejando los unos el martillo ó el escoplo, y las otras la aguja ó la plancha, llenos de dijes y sortijas y engalanadas con argelinas y manteletas? El trabajo es propio para ganapanes pero nunca sería propio para la gente hidalga y cortesana.

Ademas, por mucho que el trabajo produjera, nunca seria bastante para vestir con alguna decencia, para ir al teatro y á las sociedades, para echar copas y albures, para gastar en dias de campo y en bailes. El trabajo, ademas de ser degradante, es improductivo, y malamente podria satisfacer todas las exigencias de los que han abrazado la profesion de petardistas, en la cual, una hora bien empleada, un tiro bien calculado, un anzuelo bien dirigido, dan mas producto que una semana de trabajo en cualquiera oficina ó taller, sea el que fuere. Un artesano trabaja todo el dia y gana cuatro reales, sin poder disponer mas que del domingo. Un hacendista de esos de que he sido víctima, puede, sabiendo menear bien la lengua, sacar á cualquier cristiano en un minuto un par de pesos. ¡Vé qué diferencial! Lo demas del dia queda libre para pasear y echar vistazos á los contribuyentes en proyecto, y para acordar con los socios el modo de ir á exigir el pago de esos tributos directos, inversos de los que se pagan por profesiones y ejercicios lucrativos, pues el gobierno cobra á los que los ejercen; pero en nuestro caso se cobran por los que tienen ese giro industrial.

Cuando uno de estos quiere sacar mayores productos de su oficio discurre un medio que en las actuales circunstancias pega á las mil maravillas. Forma una lista en un pliego de papel, y pone cinco ó seis nombres de personas bien conocidas que han contribuido para tal funcion á tal santo por las necesidades presentes. Se mete en todas las casas y pide se apunten con alguna cantidad para tan piadoso objeto. En vista de que el Sr. D. H.* consta ya con diez pesos que pagó, no hay inconveniente en escribir mas abajo el nombre del bauzan, seguido de cuatro ó de cinco pesos que en el acto desembolsa, y así continua la lista hasta reunir el industrioso devoto unos cien ó doscientos pesos que ni por las narices le pasan al santo que sirvió de patron para la colecta.

O bien abre una suscripcion en favor de la viuda de tal gefe, ó en beneficio de tal persona cautiva entre los que gritan libertad, ó para socorrer á los que en el incendio del dia tantos perdieron su fortuna, ó para cualquiera otra obra *filantrópica* por el estilo. Pero esto no lo hacen sino los que han llegado á recibir la borla en esas humanidades. Un aprendiz, un bachiller, fracasarian.

He aquí otra cosa exclusivamente de la corte, *la industria ejercida por caballeros y damas*. Digo exclusiva de la corte, porque aun los socios de esta universidad que por nuestras batuecas hemos visto, como aquella remesa que nos fué cuando los vecinos del Norte hicieron despejar á muchos, eran hijos legítimos de la corte; ni podia ser de otra manera. Allá son contados los individuos y todos nos conocemos mutuamente; por lo mismo no hay lugar á esas novelas é historias con que aquí sacan al prójimo las pesetas que Dios le dió. Hasta otra vez, mi querida mujer.— *Caralampio*.

Méjico, 22 de junio de 1859.

Al empeño decidido que hay en la corte por ir mucho mas allá de los posibles que cada hijo de vecino tiene, ó como decimos en las Batuecas, por estirar los piés mas de lo que cubre la sábana, entiendo que se debe aquí mas hambre diaria que la que se padece en tiempo de sitio, sin que escapen de ella aun las clases un poco superiores, y que se encuentran en la calle ostentando trajes casi suntuosos y adornos que de lo que ménos podrían dar idea seria de pobreza y necesidad. Pero lo cierto es, que esas mismas personas que están pendientes de si llegó la carga al puerto de Liverpool ó al gran Oriental para ir á escojer de las primeras los vestidos de quillas que han anunciado; que no pierden de vista las novedades que esperan en la ciudad de Lóndres ó en el Bazar

del comercio para ir á tomar el abanico, el peinado ó la sombrilla, esas mismas personas, digo, apénas si pasan dos dias sin que no tengan que despojarse de algunos de esos adornos y atavios para enviarlos envueltos en sus pañuelos á uno de los muchísimos *montes de piedad*, llamados así por sarcasmo, por una irrisión casi insultante.

Ademas del antiguo y por tanto retrógrado establecimiento llamado así por excelencia, donde todavia son tan tontos que no han dado cabida á la civilizacion dominante, hay otros doscientos y pico—ya verás si abundan— en donde la contabilidad, el giro y las utilidades van en consonancia con el siglo. En el primero han permanecido estacionarios, y desde que un Sr. Terreros tuvo la batuecada de contentarse con un seis por ciento en cambio de los pesos sonantes que entregaba sobre alhajas ó ropas, no han salido de ese pasito, no obstante los multiplicados ejemplos que por todas partes brotan de como debe manejarse lo del *lucro cesante y daño emergente*. Por lo mismo no seré yo el que pierda mi tiempo en hablar de esa creacion anticuada y oscurantista, por la que ni pasan los años ni entran las reformas de un siglo civilizador y metalizado. Te hablaré de las otras que esas merecen nuestra atencion y consideraciones.

Te he dicho que su número alcanzaba á doscientos, y he andado corto; pues apénas habrá calle en que no se encuentre una casa de esas por lo ménos. Todas se conocen, ademas del indispensable rótulo en letras grandes, por una jaula en que está encerrado el animal bravo que desde allí trata de devorar á todos los que tienen que hacer con él. Esa jaula tiene una puerta pequeña por donde entran los objetos destinados al cautiverio, y por donde salen los poquísimos que tienen la fortuna de ser reseñados.

En esos bosquejos de Río frio se reciben toda clase de prendas ya sea ropa de uso, ya sean alhajas, armas y todo lo que tenga un valor conocido; pero con la circuns-

tancia de que nunca prestan sobre ello sino la octava parte de su valor. Eso sí con la mayor religiosidad del mundo descuentan el miserable veinticinco por ciento desde ántes que se entregue el dinero; y lo demas se da al dueño de la prenda para que socorra sus necesidades. Tirada la cuenta exacta de lo que se paga por el beneficio que hacen al prójimo de mantenerse á sus espensas, viene á salir un treinta y tres ó mas de utilidad á esos descendientes de Anás y vas á ver cómo.

Supongamos que la prenda que reciben es un reloj de oro, valioso en cien pesos. Sobre él suplen unos diez pero no recibe esa cantidad el dueño, sino simplemente ocho pesos seis reales, por cuanto el rédito comienza á correr y se paga desde el instante en que se habla al israelita para el préstamo. Si á los cuatro ó cinco dias hay la oportunidad de redimir aquel cautivo, el rescate se verifica por los mismos diez pesos, como si hubiera durado un año el almacenaje; mas si se aumenta el tiempo de la prision, se va recargando el tanto por ciento mensual hasta los seis meses, en cuyo plazo el reloj se da por vendido y pasa á ser propiedad del que *lo compra*, y el antiguo dueño tiene que darse por satisfecho con que le devuelvan unos tres ó cuatro pesos por demasia.

Ahora, sucede muchas veces que el dueño de la prenda perdió el pedazo de papel que le sirve de título para recobrar su objeto; y entónces tiene poco ménos que perdida la esperanza de volverse á juntar con él; porque tiene que dar tantos pasos para agenciarse un fiador de casa conocida, con comercio abierto y tantos otros requisitos que á muy poco andar se vé que no costeala-fatiga, y se resuelve el propietario á dejar perdido lo que está en vísperas de salir para siempre de su dominio por cualquier otra causa.

En cambio de esas ventajas tiene el desventurado que cae en esos cepos una certeza, y es que lo que empeñó

está devengando el cuidado que se le dispensa, porque el dueño del establecimiento es sumamente escrupuloso con lo que se le confia, y quiere que no se pierdan las cosas por falta de uso. Así es que si hay un baile en el barrio, y tres ó cuatro fregonas quieren ir á echarla de señoras, ocurren á la casa de empeño mas inmediata y alquilan el *tápalo* ó el vestido de seda, ó la cadena de oro, ó los pendientes, ó cualquiera otra cosa de las que allí hay y ellas necesitan; y entónces viene á ser eso lo que llamamos nosotros *mamar y beber leche*. Hay un casamiento, y los novios y padrinos—siendo gente *non sancta*, se supone—van á sacar las galas que han de lucir á la misma fuente, mediante un módico alquiler de tres ó cuatro duros por persona; y eso se llama *hacer lazo por las dos puntas*.

Pero, en fin; los que tal hacen tiene por lo ménos el mérito de entregar al pobre solicitante los auxilios en dinero; pero hay otros que no dan sino una parte muy pequeña en plata y lo demas en efectos; y ya te harás cargo que no son de la mejor calidad los que hay que recibir, sino que siempre procuran deshacerse de los que por los muchos años y por los no ménos estragos se han convertido, segun su tecnicismo, en *mulas*, y de mala rienda y peor pescuezo. Las dan al precio que en la plaza tienen los de la misma especie, pero de calidad superior: rebajan el premio correspondiente y estienden documentos en que hacen mentir al infeliz beneficiado con el mayor descaro del mundo, puesto que bajo su firma asegura que es deudor á *Samuel Leví* de tal cantidad que le ha franqueado sin descuento ni premio alguno, y solo por hacerle bien y buena obra. Con tal documento y con una buena prenda cualquiera, que valga ocho tantos mas de la deuda, ó con una librancita aceptada, ó con cualquiera de esas otras frioleritas así, ya puede el individuo disponer de los efectos recibidos y venderlos en la cuarta parte de lo que le costaron, tal vez al mis-

mo que se los entregó ó á un agente suyo que anda siempre á caza de tales lances, con lo cual se consigue vender muchas veces una misma cosa, y sacar en cada uno de esos contratos un módico ciento cincuenta por ciento.

Otra de las ventajas inherentes á tal profesion es que las prendas empeñadas pueden ser de aquellas que se encuentran ántes de que el dueño las pierda; y que no pudiéndose sacar á plena luz, como dizque sucede con cierto líquido precioso porque se pierde, encuentran sepultura temporal en uno de esos limbos, y como lo que ménos les importa al empeñante y al prestamista es que salga del encierro, al uno por no tener que andar en aclaraciones sobre la propiedad y al otro por adquirir una cosa de valor por una vagatela, hay un contrato tácito entre ambos individuos, ventajoso para los dos, lo cual no sucede muchas veces en la vida. Cuando se sabe á punto fijo que el objeto es de los que no *ven por todas partes*, ó en términos propios, que *es tuerto*, lo primero en que se piensa es en darle nueva forma y dejarlo de tal modo inconocible, que el dueño mismo, por feliz que fuera su memoria, lo veria sin desconfianza y sin emocion alguna.

El que empeñó, aun cuando quisiera reclamar tendria mil dificultades para hacerlo; porque si bien es cierto que se le dá un *boleto* con tales señas, el que hizo uno puede hacer dos, y con anotar en el asiento que el *número tantos está ya satisfecho*, vé á probar que hubo gato encerrado en el boleto suplantado. Ahora, no se averigua al tomar las prendas si son bien ó mal adquiridas, lo cual trae inapreciables ventajas para el parroquiano y para la casa, que pueden á un tiempo mismo favorecerse y procurarse buenas utilidades, como se las proporcionan á otros de cuyas casas tambien me parece bueno hablar.

Son estas unos *peladeros* que llevan el nombre de *bazares*, copiado de donde tu quieras. En ellas se compra

toda clase de alhajas, ropa, muebles, y cuanto se puede vender luego; y preciso es convenir en que tales *trasquiladeros* son de un grandísimo recurso para todo el que necesita un peso y tiene cosa de qué sacarlo. Mas nunca debe el individuo echar cuentas alegres, porque se espondria á mil chascos que le harian un pésimo efecto. Así es que si necesita, como dije, un peso, debe llevar una alhaja ó prenda que valga siquiera veinte, aunque por otra parte no se le dé un comino si es de buena ó mala procedencia. Lo que importa es que sea de valor la cosa que vende, y que se resigne á darla en la primera oferta que le hagan, la cual nunca excede de la vigésima ó dieziseisava parte; porque si se fia en que en otro bazar estará el dueño ménos apegado á la ley de Moisés, y desengañado vuelve á recibir lo que le ofrecieron, se encuentra con que ya el comprador lo pensó mejor, y no le gusta que hagan pasear las cosas que le proponen en venta.

La necesidad urge, y el vendedor insta, y tiene que aceptar, por no perderlo todo, una nueva proposicion aun mas judáica, que la primera; y lo que le costó hace ocho dias tanto, hoy debo darlo en quince partes ménos de lo quo él pagó.

Por el contrario, cuando se va á comprar una cosa se dejan pedir esos israelitas lo mismo que si los efectos fueran sacados de la tienda. No habrá quien compre, dirás; pero yo te respondo que era necesario que la vanidad no estuviera tan estendida en la corte. Muchas personas, aun cuando se queden sin comer dos dias, van á los bazares á surtirse de objetos de lujo, que siempre cuestan un poco ménos que donde los hay nuevos; y por el deseo de estrenar (aun cuando es viejo el objeto) no hacen caso de si el anterior dueño murió de tísis, ó de lepra. Ello que á muy pocos dias volveran las cosas como los rios, al mar de donde salieron; pero mientras se ha escitado la envidia de una vecina, la admiracion de

un novio, ó la curiosidad de una parienta. Y esa curiosidad, esa admiracion, y esa envidia vienen á decir nada ménos que el hambre de los muchachos y el aumento del pasivo del gefe de la colonia, quien llega un dia á privarse de pasar por media ciudad, á causa de los muchos *ingleses* que tales derroches han creado.

Todos quieren parecer mucho mas de lo que son; y con mil trabajos hallarás uno solo que tenga la filosofia necesaria de confesar que no estrena tal ó cual cosa porque no tiene con qué; y todavia mas dificilmente, quien se limite á sus recursos y no contraiga mas deudas que un gobierno.

Por eso en la corte son tan necesarios los *montes de piedad*, las tiendas de los descendientes de Jacob, los desolladeros de los que compran y venden, y la existencia de esos filántropos que se contenta, con un toston en el peso semanariamente, y creen que han ganado el cielo ejerciendo actos tan caritativos.

Aquí doy fin á esta epístola; porque como aun no cede la irritacion *pascual*, voy á tomar un baño que un médico famoso, de esos que hablan chapurrado, ha querido que tome. En otra vez te contaré otras cosas que aun me faltan.—*Caralampio*.

México, 25 de Junio de 1859.

Ahora sí que he quedado convencido de que de algo sirven las enfermedades, lo que hasta aquí jamás había podido pasar, no obstante que algunos se empeñaban en hacerme creer que cuanto acontece al hombre es para su mayor felicidad, ora en el orden físico ora en el orden moral. Dejo á los inteligentes debatir esta interesante cuestion, que á mí no me importa; y vengo á lo que sí hace á mi propósito; es decir, á demostrarte que las enfermedades de algo sirven en esta pícaro vida. Si á consecuencia de lo mucho que me estropeó la ida á Tlalpam no me hubiera buscado una irritacion mas regular que un franciscano, el médico nada tendría que haber hecho conmigo; y no teniendo que hacer, no me habría mandado tomar baños; y no tomándolos, no habría tenido ocasion de conocer esos preciosos establecimientos,